

GORDANA KUIĆ

El olor de la lluvia en los Balcanes



El olor de la lluvia en los Balcanes

Una saga sefardí

COLECCIÓN
LITERADURA

Gordana Kuić

El olor de la lluvia en los Balcanes

Una saga sefardí

Traducción, notas y postfacio
de Goran G. Gallarza Čačić



Primera edición: junio de 2015

Título original: *Miris kiše na Balkanu* (1986)

© Gordana Kuić, 1986, 2015

© de la traducción y postfacio: Goran G. Gallarza Čačić, 2015

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2015
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-943769-5-5

Dep. Legal: M-18206-2015

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: © archivos familiares de la autora. El orden de las retratadas es, de izquierda a derecha: Nina, Laura, Klara (fila superior), Riki y Blanki (fila inferior)

Impresión y producción gráfica: AFANIAS Industrias Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

NOTA DEL EDITOR

Por indicación de la autora, la transcripción de los diálogos y expresiones en judeoespañol ha sido realizada siguiendo los criterios del Dr. Djordje Konforti, a quien el editor y el traductor agradecen su generoso esfuerzo.

El judeoespañol, si bien tiene sus raíces en la lengua hablada en la Península en el siglo xv, ha seguido una evolución propia y ha ido constituyéndose como un idioma romance diferente del castellano moderno. Sin embargo, los personajes sefardíes de la novela, por regla general, se refieren a su lengua materna como «español», y la traducción ha adoptado el criterio de respetar dicho apelativo.

NOTA PRELIMINAR DE LA AUTORA

Me llena de alegría que mi novela *El olor de la lluvia en los Balcanes* haya sido traducida al español, pues me da la impresión de que es ahora cuando la novela alcanza el máximo exponente de mi compromiso, gran amor y duradero recuerdo a mi familia y, en especial, a mi madre, Blanki, y a sus hermanas y hermanos, cuya lengua materna fue el judeoespañol (ladino) que escuché desde mi infancia hasta el final de sus vidas.

GORDANA KUIĆ
Marzo de 2015

El olor de la lluvia en los Balcanes

Una saga sefardí

REGLAS DE PRONUNCIACIÓN DEL SERBOCROATA

c – ts, como tsunami

ć – ch suave, como hecho

č – ch dura, como en francés Tchèque

đ o dj – como en inglés John

dž – como en inglés badge

h – j, como jota

j – y, como yunque

lj – elle marcada, como en italiano maglia

nj – ñ, como uña

r – puede ser semivocal: por ejemplo, smrt se pronuncia smert

š – sh, como en inglés cash

v – como en inglés vote

ž – zh, como en francés jeu

z – zeta suave, como en francés zèbre

Las demás letras se pronuncian como en castellano.

LA FAMILIA SALOM

León Salom, padre de la familia

Ester Salom, madre de la familia

Laura «Buka» Salom, más adelante **Laura Papo**, hija mayor de León y Ester

Nina Salom, más adelante **Nina Ignjatić**, segunda hija de León y Ester

Klara Salom, más adelante **Klara Valić**, tercera hija de León y Ester

Isak «Atleta» Salom, hijo mayor de León y Ester

Blanka «Blanki» Salom, más adelante **Branka Korać**, cuarta hija de León y Ester

Rifketa «Riki» Salom, quinta e hija menor de León y Ester, que se convierte en una bailarina de éxito

Elijas Salom, segundo e hijo menor de León y Ester

A mi madre, Blanka Levi

I

28 DE JUNIO DE 1914

*CONOCER BIEN A TU FAMILIA
SUPONE CONOCERTE MEJOR A TI MISMO*

—¡MAMÁ, QUIERO UN VESTIDO NUEVO! —repitió Riki por vigésima vez ese día, con una llorona vocecita infantil.

Su carita mostraba determinación. Lo intentó todo: lloriqueó, se puso melosa, pataleó, agitó sus rizos negros en todas las direcciones. Sin resultado. Incluso fingió ponerse mala, como le pasaba a menudo. De nuevo nada. Normalmente, mamá Ester habría cedido ante las artimañas de su hija menor pero, a decir verdad, en esta ocasión no tenía dinero para comprar tela para un nuevo vestido.

El padre, León, no ganaba bastante. No le gustaba trabajar, ni se había esforzado demasiado por medrar en ningún oficio, pese a tener que alimentar a siete vástagos, cinco hijas y dos hijos, así como a su mujer Ester.

—¡Necesito un vestido nuevo para cuando venga Francisco Fernando! —prosiguió Riki con voz seria, como si el Archiduque

austrohúngaro viniera únicamente para verla a ella—. ¡Me acercaré a él y le pediré que me dé un bollo! Seguro que a él se los hornean a diario.

Blanki, cuatro años mayor que su hermana, pero igual de menudita, permanecía en silencio, como de costumbre, ponderando cómo Riki obtenía todo aquello que deseaba. En primer lugar porque lo pedía en voz alta, ya que si no se profieren las necesidades, nadie puede saber que se tienen; y en segundo lugar, porque era tan insistente que todos, con tal de que los dejara en paz, le concedían cuanto pedía.

Riki y Blanki, por lo demás muy buenas amigas, eran muy distintas. Esta diferencia quedaba patente cuando, por ejemplo, mamá Ester, que salía poco de casa, se distraía y tenía que mandar a sus hijas a hacer la compra. Cuando le tocaba a Riki, surgían siempre problemas, porque se paraba en la primera pastelería para comprarse un helado, o incluso una *urmasica** o *kadaif***. Después se encontraba con otros niños y se ponía de inmediato a jugar con ellos, olvidándose de la razón por la que había salido de casa. Pero cuando le tocaba a Blanki hacer la compra, iba directamente a la tienda y volvía en seguida con el pedido. Ella sabía que había que obedecer a mamá, aunque últimamente se preguntara si no sería Riki más lista, ya que siempre salía mejor parada.

Lo mismo ocurría con los dulces. Blanki nunca pedía a ninguna de sus hermanas mayores que la llevaran a la pastelería. Pero con el tiempo se le ocurrió una astucia. Bastaba mencionarle los dulces a Riki para que fuera ella la que se pegara a las faldas de Nina y Klara, hasta que una, o a veces las dos, le dieran dinero. De ese modo, si

* Galletas bañadas en sirope, de origen turco, muy típicas entre la población musulmana y serbia de Bosnia. (*Todas las notas son del traductor.*)

** Pastel turco.

bien Blanki no podía superar su timidez, al menos lograba aprovecharse del desparpajo de su hermana.

A mamá Ester no le pedían dinero. Lo que esperaban de ella era que les explicara todo lo que no entendían. Mamá les daba de comer e intermediaba entre ellas y su padre. También las cuidaba cuando estaban enfermas. Estaba siempre atareada, pero eso no impedía que Blanki, mientras su madre realizaba las labores del hogar, le comentara sus inquietudes. La paciencia de Ester era inagotable. Lo sabía todo. Le contó cómo el soberano de Egipto, Ramsés II, fue el primero en perseguir a los judíos, miles de años antes de que nacieran Blanki, mamá Ester, o incluso el rubio y anciano abuelo Solomon, apodado Lijačo. Entonces Moisés, el jefe de los judíos, los reunió, y ordenó a las mujeres que amasaran a toda prisa un pan solo de harina y agua (como aquel que Blanki comía en Pesah, al que llamaban *bolli*)* y se los llevó para librarlos de la esclavitud. Blanki se aprendió de memoria los diez mandamientos que Moisés les entregó a los judíos al llegar al Sinaí. Pero aquellos antepasados —explicaba mamá antes de continuar con la parte más extraña de la historia— no hablaban ladino como ellos hacían ahora, sino hebreo, idioma que nadie que Blanki conociera, a excepción de los rabinos más eruditos, entendía. A continuación llegaron los reyes judíos, Saúl, David y el sabio Salomón, que edificó el primer Templo, justo como al que papá solía acudir en la Pesah.

Blanki adoraba las historias, pero debía pedir e insistir mucho para que se las contasen. Sin embargo, a la pequeña y traviesa Riki, la *djugatona* siempre enfermita, se le consentía más. Incluso en ocasiones se le cedía el «corazón» de la sandía, que Blanki nunca había probado. ¡Por no hablar de los cuentos que le contaban antes de irse a dormir! Blanki tenía mejor salud, incluso cuando algo le dolía se lo

* Pan ázimo.

guardaba para sí, avergonzada de quejarse, hasta que su madre se daba cuenta y le decía muy preocupada:

—*Blanki, tienis temperatura, fijiquia mía! Pur luque no mi dixitis?*

Entonces a ella también la invitaban de buena gana a oír historias. Y, si bien Riki las olvidaba y únicamente pensaba en jugar, Blanki las recordaba todas.

Cuando tuvo paperas, mamá le contó cómo muchos judíos españoles tuvieron que huir, ya que un terrible hombre llamado Torquemada decidió obligarlos a cambiar de Dios, so pena de expulsarlos de España, donde habían vivido felices durante siglos. Tras oír esta historia, tanto a su muñeca más fea, que ella misma había confeccionado, como al perro del vecino, que la atemorizaba con terribles ladridos, los llamó Torquemada. Por otra parte, se imaginaba a sí misma como a una bella princesa vestida con muselina rosa, a la que rescataba un gallardo guerrero español montado en un caballo blanco, y se la llevaba a tierras lejanas, siguiendo la larga ruta que recorrieron sus abuelas hasta llegar a Bosnia, donde fueron bien recibidas y se les permitió quedarse. En Bosnia los turcos hablaban serbio, y nadie hablaba español, pero, pese a ello, se les dejó en paz y fueron buenos con ellos. Ahí los sefardíes construyeron su barrio, sus primeras casas donde ahora estaba el templo, y donde ahora ella y Riki jugaban.

Sí, mamá existía para proporcionarles las historias y la comida; las hermanas mayores, Laura, a la que llamaban Buka, para enseñarles a leer, a escribir, a hablar serbio correctamente, y Nina y Klara, para darles algún que otro dinerillo; papá León, para pellizcarlas cuando se portaban mal, pero también para cantar alegres canciones durante la Pesah, mientras se sentaban alrededor de una enorme mesa de madera esculpida, e impacientemente esperaban, entre

oración y oración, poder llevarse a la boca alguna manzana, un higo, alguna que otra nuez, *slatko** o una pizca de arroz.

Blanki se ocupaba del pequeño Elijas, y papá del mayor, Isak, apodado Atleta. Y Riki, mimosa y mimada por todos, era la única de la que se ocupaba todo el mundo. Existía un orden en la familia Salom. Así debe ser, pensaba Blanki, pues de lo contrario Elijas podría darle órdenes al abuelo Lijačo, y mamá tendría que obedecer a los niños. De no haber un orden, no habría ni familia. Por eso a Blanki, pese a que a veces le aburría ser obediente, le gustaba que se supiera quién era quién en la casa.

—Mamá, ¿a quién quieres más? —preguntó mientras mojaba pan en el aliño agrídulce de la *turšija*,** a la que llamaban *mindrugus*, apreciado tanto por los hijos, por su agradable sabor, como por los padres por su bajo precio.

—*Fijiquia*, nosotros, ¿cuántos somos?

—Elijas, Riki, Klari, Nina, Atleta, Buka, yo, mamá, papá, el yayo Lijačo... —dijo entre murmullos contando con los dedos, y añadió triunfante—: ¡Todos juntos somos diez!

—¿Y cuántos dedos tienes?

—*Dies*.

—*Buenu*. ¿Y qué opinas, qué dedo preferirías que te cortara?

—*Ni unu!* —dijo tras meditarlo brevemente.

—Ves... Pues lo mismo pasa con vosotros: todos sois iguales para mí, y no renunciaría a ninguno. Sabes, cuando eras aún muy pequeña, estando una vez en Constantinopla, un amigo de tu padre, un hombre bueno y rico, quiso adoptarte. Al principio

* Distintas frutas, como higos, ciruelas o fresas, cocidas en almíbar. Es costumbre en Bosnia y en Serbia servirlo a las visitas, junto al café y un vaso de agua.

** Verduras encurtidas.

pensó que eras una muñeca, ya que estabas sentada muy quieta en el diván, pero cuando vio que te movías y que eras una personita de verdad, le gustaste tanto que me ofreció quedarse contigo, a cambio de mucho oro. Y nosotros éramos tan pobres que entre todos nos debíamos de contentar con un pescadito al día para comer, pero yo no te entregué... ¡nunca, ni por todo el oro de este mundo! Cuando vio cuánto te quería, me dio algo de dinero, sin que papá se enterara —los ojos azules de Ester resplandecieron entre lágrimas—. *Luque fazía yo sin ti, andjeliqiuu miu*, ¿qué haría yo sin ti?

Más contenta y orgullosa que nunca, envalentonada por esta historia, Blanki prosiguió con su batería de preguntas:

—Mamá, ¿*pur luque tú tienis ojus mavís*,* el cabello rubio, mientras que papá y todos nosotros tenemos los ojos y el pelo negro? Me gustaría tenerlos como tú.

—*Pero ya savis djoya mia*, alegría mía, ya te lo conté.

—*No sé, no sé!* —mintió Blanki, para poder escuchar de nuevo su historia favorita.

—*Buenu, estu stuvu ansina*, fue así —comenzó Ester con voz suave, mientras las melodiosas palabras españolas fluían de sus labios—. Tu yayo Lijačo vivía en Viena. Era guapo, alto y rubio, y se casó con una encantadora rubia. Era muy rico, vivía en un gran castillo repleto de torres, pasillos y habitaciones. En el jardín, sobre el estanque, se deslizaban cisnes blancos. En su casa siempre era primavera, ya que cuando hacía frío fuera, en cada habitación ardía la chimenea y manaba tanta luz de las velas que parecía que siempre brillaba el sol. Había ramos de flores hasta en la más pequeña estancia, y así, durante el invierno transformaban su castillo en un jardín, y durante el verano, vivían afuera en el jardín de ver-

* ¿Por qué tienes los ojos azules....?

dad. Tuvieron siete hijas, y cada una tenía una doncella. El tiempo pasaba deprisa, ellas crecieron hasta tener edad para casarse. Había que encontrarles pretendientes, pero allí había pocos sefardíes, y aún menos que hablasen ladino como nosotros. Las pocas familias sefardíes que había, el sabio Lijačo las descartó, por estar emparentado con ellas. Como ya te dije, casarse entre primos no es bueno, aunque la fe lo permita, porque los hijos de esos matrimonios pueden resultar feos y enfermizos. Pero, en cambio, había asquenazíes de sobra...

—¿Te refieres a los «maletistas»?* —le interrumpió Blanki.

—Sí, así les llamamos los que hemos nacido aquí, pero eso no está bien, ya que nosotros también vinimos, hace mucho tiempo, cargados con nuestras maletas... Pues bien, justo entonces la yaya Sara enfermó, y falleció poco después. Todos la lloraron, y cuando acabó el luto, el yayo empezó a preguntarse dónde habría jóvenes sefardíes. Finalmente, le dijeron que muchos de ellos vivían aquí, en Sarajevo. Dado que quería tener nietecitas, cogió a sus siete hijas, a sus sirvientes y veintiún baúles, y emprendió un largo viaje. Tras muchos días y noches llegó a esta ciudad, pisando los embarrados adoquines y adentrándose entre gente que en su mayoría hablaba una lengua incomprensible. Los lugareños miraban embobados sus anchas faldas y encajes, sus sombreros, sus solideos y sus guantes. «¡Como si hubieran venido de otro mundo!» exclamaban, mientras el yayo, sus hijas y los sirvientes se sorprendían al oír hablar serbio y turco, y al ver las *šalvare*.** Pero encontraron lo

* Alusión a los numerosos judíos asquenazíes que emigraron de Rusia y Polonia a Bosnia después de 1878, considerados como recién llegados por la comunidad sefardí, asentada en la región desde generaciones.

** Un tipo de pantalones bombachos, de origen turco, usados por gran parte de los campesinos en los Balcanes.

que buscaban, una abundancia de muchachos sefardíes casaderos. Cada hija y cada criada pudo elegir a un príncipe de ensueño. Y así ocurrió, querida, que todas se casaron, vivieron felices y tuvieron muchos niños y, lo que es más importante y razón por la que el yayo se embarcó en aquel largo viaje, pudieron perpetuar sus costumbres, sus fiestas y su idioma. No llegaron a aprender del todo el serbio, como me pasa a mí, pero eso no importaba, ya que todos sus seres queridos hablaban ladino. De esta manera, el tronco sefardí siguió floreciendo, a través de una gran familia más... hasta que una de las siete hijas del yayo Lijačo a su vez dio a luz a una hija a la que llamó Ester, y que es tu mamá, y que te ha contado más de cien veces esta misma historia. Y he ahí por qué yo soy rubia como el yayo, y vosotros sois todos morenos como tu papá León.

—¿Y por qué me pregunta el yayo si soy su nieta o su bisnieta? ¿Acaso no lo sabe?

—*Él ya savi, mi querida*, pero es que la gente, cuando se hace vieja, se vuelve un poco olvidadiza, y nosotros debemos recordárselo con cariño. *No ti sulvidis*, no olvides que tiene más de cien años...

Riki entró en la cocina como un torbellino.

—¿Mamá, me harás un vestido? —pio, como si fuera la primera vez que lo preguntaba.

—*Fijiquia mia linda*, ya te he explicado varias veces que no tengo con qué —contestó pacientemente Ester mientras proseguía con su tarea.

A la mañana siguiente, mientras se bañaban y vestían, preparándose para ver la llegada de Francisco Fernando, Blanki estaba encantada oyendo a Buka contarle historias del famoso archiduque austríaco, que iba a llegar en su coche tachonado de oro, con su mujer y una escolta de generales luciendo sus vistosos

uniformes, encabezados todos ellos por el gobernador de Bosnia, Potiorek.*

—¡Mirad, *hermaniquias*, —exclamó Buka—, Sarajevo engalanada y ufana, luciéndose como una novia ante los invitados a su boda!

Banderas y banderines negros y amarillos ondeaban en la brisa. Blanki nunca había visto tanta pompa en su ciudad natal. Mientras les anudaba los lazos y abrochaba las hebillas de los zapatos, Buka les contó cómo en tiempos Bosnia era independiente e incluso tenía su propio rey, hasta que el sultán Mehmed II la conquistó. Perteneció durante mucho tiempo a Turquía, hasta que los austríacos, a su vez, se la arrebataron.

«Debemos de ser muy valiosos, si se pelean tanto por nosotros», pensó Blanki, y prosiguió en voz alta:

—Riki, ¿sabes qué? ¿Y si le pido que me dé a mí un bollo, y a ti que te dé un vestido?

—*Buenu*, bien —contestó Riki en tono conciliador, y añadió—: Sabes, cuando sea mayor, me casaré con un archiduque judío, y no me faltarán ni vestidos, ni bollos, ni mantequilla.

Blanki sabía que aquel nublado día de bochorno, el 28 de junio, los serbios de Sarajevo celebraban el Vidovdan,** que era una fiesta importante para ellos, aunque ni los judíos, ni los musulmanes ni los católicos la celebraran. Le parecía muy bien que cada uno tuviera sus propias fiestas ya que, de lo contrario, se formaría un gran tumulto

* Oskar Potiorek (1853-1933), gobernador militar de Bosnia. Acompañaba a los archiduques en el coche en el que murieron. A raíz del atentado, organizó la represión contra la comunidad serbia de Bosnia. Tras la declaración de guerra, tomó el mando del ejército austríaco en su ofensiva contra Serbia, pero, tras ser derrotado en las batallas de Tser y de Kolubara, fue relevado del mando.

** El 28 de junio, día de san Vito (Vidovdan), aniversario de la batalla de Kosovo Polje (1839), es la fiesta nacional de Serbia.

cuando vinieran todos al templo para festejar la Pesah, o que, por ejemplo, los judíos y los serbios celebrasen el Ramadán e inundaran así las mezquitas, formando largas colas ante las fuentes para lavarse los pies. O que los musulmanes y los judíos asistieran a misa en la catedral, o que celebrasen este triste día, en el que el zar Lázaro fue derrotado en la batalla de Kosovo y, para colmo, luchando contra los turcos. Blanki se extrañaba de por qué los turcos de Sarajevo, a los que se les llamaba musulmanes, aunque a su vez fueran bosnios, hablasen ahora serbio, pero todavía más de que los serbios quisieran siquiera dirigirles la palabra. ¿Acaso los turcos no habían estado matándolos en Kosovo, torturándolos y empalándolos? ¿No estuvieron arrebatándoles a sus hijos? Tal vez fuera porque los serbios también habían matado a muchos turcos, y luego los turcos a muchos serbios, y cuando al final hicieron recuento de muertos, concluyeron que los números eran iguales, e hicieron las paces.

Se lo habría preguntado a Buka, si no fuera porque Riki no se estaba quieta mientras la peinaba, tratando de sacarle a su hermana alguna que otra monedilla con la que comprar flores para arrojarlas a Fernando. Sus mofletes redondos se habían puesto incluso más colorados que de costumbre, mientras que los de Blanki estaban, si cabe, más pálidos.

—Es por la emoción —musitó muy seria.

Cogiéndose de las manitas, finalmente salieron afuera, llevando entre ellas al pequeño Elijas. Blanki nunca había visto así las calles, llenas de gente sumamente elegante. Había fezes rojos por doquier, y sombrillas, y flores en las anchas alas de los sombreros.

«Todos estos sombreros los han confeccionado Nina y Klari», pensó Blanki, orgullosa.

—*Todus estus chapeus** —dijo en voz alta.

* Todos estos sombreros.

Sus hermanas eran personas muy importantes en Sarajevo, ya que, de no ser por ellas, ¿cómo saldrían las mujeres a la calle? Si no fuera por ellas, no existiría su sombrerería, y de no existir esta, no habría sombreros, y sin estos, ninguna mujer podría salir de casa.

Resultaba maravilloso pasearse por la ciudad con tantos gendarmes, con sus sables resplandecientes, sus botones y sus galones. Incluso tal vez preferiría casarse con un gendarme antes que con un archiduque; ahora bien, no sabía si había gendarmes judíos. Tendría que investigarlo.

El poco caudal del río Miljacka gorgoteaba, sumando su rumor al bullicio. Llegaron hasta el muelle Apel y, subida a una cerca de piedra, Blanki disfrutaba mirando el fluir del río. ¿Qué ocurriría si alguien detuviera su cauce y su nivel comenzara a crecer? Podría inundar toda la ciudad, todos los puentes atestados de gente: el Puente de las Cabras, el puente Šeher Čehaja, el Puente del Rey e incluso el Puente Latino.

Las sombrillas parecían blancas flores tempraneras que, caídas, cubrían las calles con un manto mullido por el que a Blanki le encantaría caminar.

Allá donde mirara solo veía una inconmensurable belleza.

«No va a ser fácil abrirse paso entre tanta gente alta —pensó—, pero no puedo perder la oportunidad de acercarme a Fernando para saludarlo.»

—Todos son más altos que nosotros —protestó Riki enfadada, y acto seguido se dispuso a escurrirse entre las piernas de un gendarme que montaba guardia, frunciendo los labios en una pequeña y traviesa sonrisa.

—*Riki! Ven aquí!* —gritó Blanki, dándose cuenta de lo que tramaba su hermana.

Pero al oírla, el gendarme reaccionó y frustró su travesura.

—¿Va a pasar Fernando por aquí? —le preguntó Blanki al gen-
darme.

—¿Por dónde va a pasar? ¿Por dónde va a pasar? —le gritó Riki
a pleno pulmón, agarrándolo del guante.

—¿Pero qué...? ¡Fuera de aquí! —les respondió este.

Aunque en aquel momento no pudo ver nada, Blanki oyó el
griterío, la agitación de la muchedumbre, brevemente interrumpida
por un silencio amenazante, y redoblando después. A la altura de
sus ojos, vio un vestido que le llamó la atención: era blanco, pero
curiosamente moteado de rojo.

—*Vamus prestu d'aquí!* —gritó despavorida.

Rápidamente se volvió para ver los rostros de los adultos. Siem-
pre le habían parecido mucho más interesantes los rostros de las per-
sonas que las hojas o el cielo, pero en esta ocasión solo sentía mie-
do al verlos, intuyendo alguna desgracia. Les rodeó una maraña de
piernas, corriendo en total desorden, y quedó hipnotizada mirando
la vasta variedad de calzados. De inmediato agarró con fuerza las ma-
nos de Riki y Elijas, intentando apartarse, asustada, con la sensación
de un peligro que no entendía, y rompiendo finalmente a llorar.*

—*Acapitó** una cosa terribli* —dijo entre sollozos—. *Aydi,*** tur-
nemus prestu a casa.*

Pero Riki quería quedarse, y se esforzaba en resistirse a Blanki,
que tiraba de ella con todas sus fuerzas.

* Los niños acaban de presenciar el atentado fallido de Nedeljko
Čabrinović que, en la mañana del 28 de junio, arrojó durante el desfile una
bomba de mano al coche del archiduque, que resultó ileso. Esa misma tarde, su
compañero Gavrilo Princip tuvo más éxito y abatió de dos disparos a Francisco
Fernando y a su mujer, Sofía.

** Ocurrió...

*** Aydi: turquismo por «vamos».

—*No queru! No queru ir!* —chilló—. ¡Cobardica! Yo no tengo miedo, a mí me gusta el alboroto, como los petardos que tiran en las *slavas** serbias. *Dexa mi aquí!*

Fascinada por el bullicio y el jaleo, Riki quiso zafarse de su hermana, que la agarró con las dos manos, jalándola hacia ella. Tras un par de tirones, sus manos se quedaron vacías. Comenzó a llamarla, se lanzó a correr por las calles tratando de encontrarla en el tumulto. La buscó por todas partes, se quedó sin voz llamándola, pero de Riki, ni rastro. Como si se la hubiera tragado la tierra.

Con lágrimas surcándole las mejillas, y Elijas llorando de cansancio, pensó que era muy injusto que le estuviera pasando todo aquello en ese día. En vez de presenciar la inenarrable belleza y esplendor de la llegada del archiduque, primero, no consigue verlo y, segundo, para colmo, pierde a su hermanita.

De camino a casa sollozaba con amargura. Le habían confiado el cuidado de Riki y Elijas, y era su deber traerlos de vuelta sanos y salvos. Desde siempre, Blanki había tenido un profundo sentido de la responsabilidad, que volvía esa pérdida todavía más cruel.

Entró en el patio rendida y aterrada. ¿Qué le dirían sus padres? Seguro que su padre la pegaría. ¿Cómo encontrar a la pequeña Riki? ¿La habrían raptado, llevándosela para siempre? ¿O la arrestaron los gendarmes? ¡Puede que nunca vuelva a jugar con ella! Decidió aguardar el desenlace de los acontecimientos, y si en última instancia Riki no aparecía, se suicidaría. No estaba muy segura del significado de la palabra, pero intuía que era algo malo que uno se hace a sí mismo.

A mamá Ester no le hicieron falta muchas explicaciones. En cuanto la vio empapada en lágrimas y sola con Elijas, fue como si lo

* Celebración del santo patrón de cada familia, fiesta muy importante para los serbios.

supiera todo. No la regañó, antes al contrario, la cogió en brazos, la abrazó, le secó las lágrimas —lo que hizo que Blanki llorara incluso más—, y le dijo que no se preocupara de nada, que ella se lo diría a papá, que se pondrían de inmediato a buscarla y que la traerían en seguida a casa. Añadió que seguramente su hermanita estaría ahora mismo jugando en cualquier lado a la rayuela.

La familia entera se sobresaltó en cuanto supo lo ocurrido. Todos empezaron a vestirse de inmediato. El padre, que ya de por sí tenía muy mal genio, comenzó a gritarle a mamá, regañándola, para empezar, por haber dejado que fueran solas.

—Riki es muy lista, yo no me preocuparía por ella —dijo Buka tratando de tranquilizarlos, pero el temblor de las manos al ponerse el sombrero delataba su preocupación. Nina lloraba a gritos. Blanki comprendió que la cosa iba en serio al ver a su madre ponerse el tocado, disponiéndose a ir sola a buscarla. Mientras, al furioso e impaciente papá León le ardían los ojos iracundos, en tanto esperaba con el fez calado que su mujer se preparase.

Los puso en fila en el patio, y fue asignando a cada uno por dónde buscar a Riki. A Atletá le ordenó buscarla por el Vratnik, el barrio turco donde vivían los musulmanes, llamado así por sus gigantescas puertas.* Le ordenó que empezara desde Poddžebhana, la calle en la parte alta del Vratnik, y que buscara por cada patio, jardín, calle y rincón. Aunque era poco probable que se hubiera perdido por ahí, había que asegurarse.

A Klara y Nina les asignó la Bjelava, el principal barrio judío. Como Buka se quedó sola, a ella le asignó las zonas colindantes al domicilio; él y la madre recorrerían desde el cuartel Jajca hasta el barrio serbio de Džidžikovac. Blanki y Elijas permanecerían en casa, por si se diera el caso de que Riki volviera por su cuenta.

* Vratnik viene de *vrata*, que significa puerta en serbio.

—*No ti sulvidis la kavane*, no te olvides de la taberna *Bajo los robles*, aunque dudo de que haya llegado hasta ahí —le dijo a gritos el padre a Atletá.

Ya muy tarde, cuando el sol y la luna se cruzaban para darse el relevo en el cielo despejado, todos volvieron a casa, subiendo los escalones de madera, mostrando su decepción, olvidando la fatídica agitación que reinaba en la ciudad. Ni siquiera se dieron cuenta de que las nubes se habían desplazado cubriendo el cielo, hasta hacía nada despejado, anunciando tormenta. El viento movía las ramas de los árboles, y gruesas gotas de lluvia comenzaban a surcar el aire, tamborileando con fuerza sobre las baldosas de piedra. Mamá trajo agua y *slatko* a la agotada familia. Incluso Nina, siempre parlanchina, estaba callada. No habían encontrado a la pequeña Riki.

—Uuuuuuu... —se oyó entonces una vocecita, por una ventana abierta del piso superior, repitiéndose poco después con más fuerza.

Asomándose a la ventana, mamá Ester miró hacia el cielo, esperanzada e inquieta y, en un abrir y cerrar de ojos, todos los demás se arrimaron a la misma ventana. Riki se columpiaba sobre la rama más alta del ciprés más grande, saludando con la mano mientras gritaba:

—*Mamaaaa... queru muevu vestidu.*

—*Pur amor dil Dio!* —susurró Ester, y a continuación añadió en voz alta—: *Ya lu ganarás, querida*, solo baja de ahí despacito y con cuidado.

Su voz era tranquila pero imperiosa.

—Voy a ayudarla —dijo Atletá.

—¡Quédate donde estás! —ordenó mamá Ester—. Bajaré mejor sola, con menos miedo, que si se da cuenta de que estamos asustados y preocupados.

—¿Me lo prometes? —preguntó Riki, gritando desde arriba.

—Te lo prometo, *andjeliqiuu miu*, ¿sabes que cuando mamá promete algo, lo cumple!... Tendrás tu condenado vestido —añadió entre dientes—, aunque tengamos todos que ayunar tres días.

—¡Y quiero el tuétano de todos los huesos! —chantajeó Riki, pidiendo el convite favorito de la familia.

Cuando mamá hacía sopa, solía partir los huesos grandes contra la tabla de cortar para sacar el tuétano caliente, que posteriormente les untaba a los niños en el pan, y por el que se peleaban todos.

—Pues lo tendrás.

—¿Me lo prometes?

—¡Te lo prometo! ¡Y ahora basta, baja enseguida!

Riki bajó con suma facilidad y agilidad, orgullosa de haberse finalmente salido con la suya.

Ester estaba en la cocina preparando la cena. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Riki y Blanki la observaban y también lloraban, ya que cuando mamá lloraba, sentían que debían hacerle compañía.

—*Mama, pur luque lloras?* —preguntó Blanki entre sollozos.

—*Paramordi qui matarun a Ferdinand** —respondió ella.

—¿Acaso él es rey de los judíos? *No supi qui él es djidío.*

—No, no... No lloro solo porque le hayan matado, que no está bien matar ni a una hormiga, y mucho menos a un hombre. Lloro por todos nosotros, por todos aquellos pobres serbios cuyas casas ahora derruirán, cuyos negocios dismantelarán, cuyas pertenencias arrebatarán... Lloro por toda la injusticia. Pero lo peor es que volverán tiempos horribles, querida, los peores. Vendrá la guerra.

—¿Y qué es la guerra?

—*La guerra es cuandu todus sufrin*, es el hambre, la angustia, el sufrimiento... *Todus mancevus hombris si van a ir.*

—¿Y entonces, qué es la paz?

* Porque mataron a Ferdinand.

—La paz —comenzó Buka— son tiempos, buenos o malos, que dependen de las pequeñas vivencias diarias de cada uno. Cuando hay paz, la vida se da por sentada. También hay muerte, desde luego, pero viene de forma natural, y después se reza un kaddish, se publica una esquela en el periódico y se celebra un funeral. Esos son los buenos tiempos de la paz, cuando hay tiempo para quejarse.

—Yo prefiero la paz —dijo Blanki, sin comprender del todo lo que le había dicho.

—Y yo —afirmó Riki.

Así pues, con una brecha en los nubarrones y un rayo que cayó sobre la cruz de una iglesia ortodoxa, concluyó el 28 de junio de 1914, tanto para Riki, como para Sarajevo y para la humanidad. Aquel día Riki recibió un vestido nuevo y pan con tuétano; Sarajevo, una cruz torcida y un atentado. Y la humanidad, una guerra mundial.

LOS DÍAS EN LOS QUE LA GUERRA RONDABA

Sarajevo amaneció con uno de esos bonitos días de primavera, todavía sin demasiado calor, pero con las últimas nieves ya derretidas y la tierra seca. Las flores tempranas, la suave brisa y el fresco olor del río anunciaban que hoy sería un día feliz.

Esa primavera, la familia Salom se había mudado a un gran apartamento junto al río Miljacka, en la dársena del barrio Apel. A mamá Ester le encantaba, *paramordi qui sta muy spajadu*, porque era muy espacioso. La guerra hacía estragos, pero, *guerra o no guerra*, como solía decir Ester, las tradiciones habían de respetarse, y la casa bullía con los preparativos de la Pesah. No podía quedar ni

una sola mota de suciedad en casa o el patio: era costumbre realizar grandes limpiezas de primavera para celebrar la Pesah, la fiesta más importante que Blanki podía imaginar. Le parecía que la naturaleza entera se alegraba por la llegada de la fiesta. Hasta los pájaros parecían cantar con más fuerza. El sonido de los pianos resonaba por todo Sarajevo, colándose por las ventanas abiertas. Cierto era que pianos no había tantos, porque Sarajevo no dejaba de ser una ciudad pequeña. Todo se oía y todo se sabía. Las campanas de la catedral sonaban limpias y puras.

Por fin, tras muchos meses, el sol había reclamado su lugar en el cielo, anunciando el verano, corto y caluroso, que todos anhelaban, y que a todos congregaría en el Bembaša.* Los adoquines de las calles bosnias por fin se volvieron blancos. Y así como la naturaleza parecía nueva y limpia, la casa debía presentar el mismo aspecto.

En aquel mes, las amas de casa judías parecían contagiarse en un afán de limpieza. Todas sacudían, barrían, limpiaban y lavaban. Blanki había recibido la tarea de limpiar la vajilla de estaño y abrillantar los cubiertos. Observaba satisfecha cómo volvía el brillo tras un frotado concienzudo.

Si estaban Buka o mamá en el mismo cuarto que ella, absortas en sus respectivas tareas, Blanki se demoraba en la suya, sin llegar a interrumpirla, clavándoles la mirada curiosa de sus ojos oscuros, con tanta seriedad y deseo de conocimiento que ninguna tenía corazón para negarle nada.

—*Buka, comu si llama il nostru Señor, nostru Señor dil Mundu?*
¿Tiene algún nombre?

—*Estu es una historia lunga* —comenzó Buka—, y puesto que ocurrió hace mucho tiempo, hay numerosas interpretaciones. Digamos que Dios estuvo sin nombre durante mucho tiempo. El

* Bembaša, o Bentbaša, termas a orillas del Miljacka.

respeto que los hombres le debían era tan grande que no podían, no se atrevían a pronunciar su nombre, que se compone de cuatro consonantes, JHVH. Pero como la gente está acostumbrada a darle nombre a todo, empezaron a llamarle Adonái. Después, uniendo aquellas consonantes y estas vocales, le llamaron Jehová. Pero el nombre es lo de menos. Lo importante es que la humanidad sienta la justicia y la bondad, que son la esencia de nuestro querido Dios.

—¿Por qué, entonces, las personas se matan en las guerras? ¿Por qué Dios no lo impide?

—Porque existe también el mal. Si fuera todo de color blanco, no verías nada, nada resaltaría, no habría formas, ¿no crees?

—Sí.

—Lo mismo pasaría si todo fuera de color negro. De ahí que existan los opuestos. De ahí que las cosas se valoren en función de lo que sea distinto a ellas. Mira, justo ahora que hay guerra y las personas se están matando, es cuando se dan tantos actos nobles y bondadosos. Es ahora cuando el alma humana se pone a prueba.

—¿Y cuándo empezaron las personas a matarse? —inquirió nuevamente Blanki.

—Desde tiempos inmemoriales. Es más, yo creo en un equilibrio entre el Bien y el Mal. Tiene que existir el Mal en el mundo.

Cuando Blanki acabó de limpiar, la enviaron a hacer la compra. Fue corriendo a la tienda de ultramarinos de la esquina para comprar provisiones. Todo debía ser *kosher*, y se aseguró de que la comida fuera fresca. Por mucha escasez que provocara la guerra el resto del año, no podía faltar de nada durante la Pesah. Aparecerían de repente, en las tiendas y las casas, suministros hasta entonces escondidos, para sorpresa y asombro de las familias, provocando las ufanas sonrisas de los cabezas de familia.

A Riki no se le podía ocurrir un tiempo mejor para jugar, y estaba convencida de que la primavera y el verano durarían eternamente. No paraba de brincar de aquí para allá, molestando a todo el mundo. Finalmente, Ester la envió a casa de unas primas, a llevarles dos vestidos, envueltos para regalo, que había confeccionado.

—*In qui das lus vistidus, tórnati a casa* —la orden fue repetida alto y claro varias veces, hasta que la aludida se dio por enterada, y asintió gravemente antes de salir disparada calle abajo.

Puesto que los hombres se habían ido al templo, mamá Ester aprovechó el rato libre para dejar regueros de perfume por la casa, y poner un clavel en su *tucadu* más bonito, con un velo transparente. Su cabello rubio, peinado sobre las sienes, apenas se veía bajo su elegante sombrero. Después, se aseguró una vez más de que sus hijas estuvieran bien aseadas y vestidas como es debido. Tras esa última inspección, salieron al patio a aguardar la llegada del padre y los hermanos, como llevaban haciendo a diario, para que, al octavo día, pudieran todos juntos, en el umbral de la casa, tomar *tahan alva** o pan con aceite.

Las mujeres bosnias sefardíes rara vez iban al templo. Buka argumentaba que era por la influencia turca, y afirmaba que el judaísmo era una fe de hombres, y el cristianismo, de mujeres. Blanki deseaba fervientemente subirse al balcón de la sinagoga y mirar a través de las rejillas de la celosía que vedaba el mundo de las mujeres a la mirada de los hombres. Pero la oportunidad no se le presentaba a menudo.

La tarde caía, y con ella llegaba el Seder, el momento más emocionante de la fiesta. Papá leería la Hagaddah. Pero Riki aún no

* Halva (o halava, del árabe *halwā*, dulce), postre muy típico del Mediterráneo oriental, elaborado con sémola y miel. Concretamente, el *tahan alva* se hace con pasta de sésamo (tahina).

había vuelto y mamá, preocupada, mandó a su hija Blanki a montar guardia en la ventana.

—*Tristi di mi!* —se horrorizó Blanki.

¿Qué ocurriría si Riki no llegara al Seder? De repente la vio, brincando y canturreando, volviendo a casa con el mismo paquete debajo del brazo con el que había salido. Y, justo entonces, Blanki presenció un extraño cambio en la conducta de su hermana pequeña: en cuanto se acercó a la verja de la entrada, comenzó a llorar a gritos. Mamá corrió a su encuentro.

—*Querida di la madri, pur luque lloras?*

Riki se estaba ahogando entre lágrimas y sollozos, y apenas logró pronunciar:

—*Mi gveli la tripa!*

A Blanki le extrañó que empezara a dolerle la tripa a su hermana con tanta fuerza, tan de repente, justo antes de cruzar el umbral de casa.

—¿Por qué no has entregado los vestidos? —le preguntó, tomando el paquete que traía bajo su brazo.

Entre lágrimas y suspiros, que encogieron el corazón de todos los allí presentes, murmuró que no había encontrado a nadie en casa. Pero al mirar el paquete con más atención, Ester se dio cuenta, con asombro y desesperación, de que los vestidos habían desaparecido y solo quedaba el envoltorio. Riki los había perdido por el camino, y tan inconsolable estaba que no había manera de averiguar dónde y cómo había sido.

Mira tú, pensó Blanki, que hasta con una trastada así va a conseguir librarse... No le han dado ni un *pilisku*, que sería el inevitable castigo para semejante fechoría. Es más: de haberse tratado de cualquier otro hijo de la familia, el padre habría sido informado, y las consecuencias hubieran sido mucho más serias. Blanki miró

tristemente su brazo, a menudo cubierto de pellizcos, por muy obediente que fuera siempre.

—¡Ay, qué lista es nuestra Riki! —dijo Buka echándose a reír.

En cuanto hubo pasado la tormenta, Riki ya había salido disparada a la calle para recibir a su padre y sus hermanos, con su inseparable comba en la mano.

—*Es verdá* —murmuró Blanki para sí.

A menudo se preguntaba cómo era que Riki se comía siempre uno de sus pastelitos. «A ella le dan un kreutzer, a mí me dan un kreutzer. Ella se compra dos pastelitos, yo me compro dos pastelitos» pensaba Blanki. Pero he aquí lo raro, en un abrir y cerrar de ojos, Riki ya se ha comido los suyos.

—*Da mi il tuyu!* —diría después con voz ofendida.

—*Non queru, estu es miu. Tú ti cumitis lus tuyus.*

—*Da mi! Da mi!*

—*No ti queru dar.*

Entonces Riki se tiraría al suelo, llorando y pataleando hasta que la gente hiciera corro, y la pobre Blanki, roja de vergüenza, acabaría por ceder, con tal de que dejara de lloriquear y de que la gente dejara de mirarla. De ese modo Riki se comía siempre tres pasteles.

Por la noche, antes de irse a dormir, a Riki le gustaba que Blanki le contara todo lo que había aprendido de Buka y mamá a lo largo del día. Podía escuchar la misma historia varias veces sin recordarla. Lo que más le gustaba eran las historias que Blanki le contaba con voz seria, acerca de los tres personajes principales de la Historia judía, Moisés, David y Salomón.

—Cuando el rey David gobernaba Judea, los judíos se dedicaban a la agricultura, a la ganadería, y los cainitas al comercio... —comenzaba Blanki.

Cada palabra y cada nombre se quedaban grabados en la memoria de Blanki, mientras que a Riki la historia le duraba un día, antes de olvidarla, enterrada bajo nuevos y fascinantes relatos.

El verano llegó en todo su esplendor y, un buen día, mamá le prohibió a la pequeña Riki ir a bañarse a la maravillosa Bembaša, entre la magnífica y colorida concurrencia, allí donde más brillaba el sol, y más cálido fluía el Miljacka. «No», dijo Mamá de manera rotunda y, acto seguido, cerró la verja con llave, en señal de irrevocable negativa. Las mañas de Riki, esta vez, no le valieron de nada, por mucho empeño que pusiera en arrancar su consentimiento. La verja permaneció cerrada.

Entonces decidió vengarse de los mayores o, al menos, encontrar alguna forma llamativa de matar el aburrimiento. Se dispuso a suicidarse. Se puso su vestidito más bonito y un lazo blanco. Mirándose al espejo, concluyó que se parecía a una de esas muñecas vienasas que había visto en casa de los niños de familia adinerada.

—¡Mamá se va a quedar tristísima cuando me vea tan bonita, y encima muerta! —susurró desafiante.

Todos la llorarían, y se arrepentirían de las veces en que la habían regañado. Cuanto más pensaba en su empresa, más le gustaba. El problema era que no sabía cómo llevarla a cabo. ¿Cómo se mataría? ¿Moriría sí, digamos, saltase de un árbol? Descartó la idea, ya que ensuciaría y arrugaría su vestido. Un disparo de escopeta podría matarla, sí, ¿pero de dónde sacaría una escopeta? ¿Y si se quedara demasiado tiempo al sol...? Eso podría valer...

Finalmente decidió confiarle su plan a Blanki, que sabía de todo y siempre estaba husmeando entre los libros. En cuanto oyó de qué